

VORAX

Matthew Farrer

Upon the Ring of Iron, the Mechanicum's most relentless killers stalk their prey



LA HEREJÍA DE HORUS

VORAX

MATTHEW FARRER

ADEPTVS‡TRANSLATES

Y



DRAMATIS PERSONAE

El Mechanicum Obscurus de Marte

RHAAL	Raciomante del Mechanicum Obscurus
VORAX	

El Mechanicum de Marte

ARRYS	Visioingeniero del Mechanicum de Marte

Las piernas del raciomante Rhaal son un pesado mecanismo que le sobresale por encima de las caderas y cuyas rodillas se doblan en el ángulo inverso al natural, fundida en una aleación de níquel y acero. Sus engranajes zumban suavemente mientras camina, y sus pies de puntas hendidas resuenan con un tono metálico sobre la cubierta. Sus brazos son más largos de lo que lo fueron sus brazos orgánicos, se mueven suave y silenciosamente sobre los cardanes que sirven de articulaciones, y están bañados en plata. Cuando se los acoplaron, las palmas y los dorsos de las manos lucían relieves con los patrones que describían las sagradas fórmulas del Viejo Marte. Cuando traicionó sus votos siguiendo los pasos de la secta de Kelbor-Hal y se rebautizó a sí mismo de calculus a raciomante, cogió un taladro, se lo clavó en el pecho para ungirlo con su propia sangre y después profanó todos aquellos diseños, limándolos hasta hacerlos desaparecer. Todavía ahora recuerda la vibración que se propagaba a través del metal hasta su propia carne. No fue mucho después cuando la plata pulida comenzó a deslustrarse y a deformarse con protuberancias similares a ampollas cuyo origen no pudo entender ni explicar.

Ahora sus manos parecen más los apéndices marchitos de un ser humano que los perfectos mecanismos que una vez fueron. Las excrecencias parecen formar nuevos patrones. Eso excita a Rhaal, aunque no está seguro de por qué. Aunque lo que más le excita ahora mismo es ver esas manos alrededor del cuello del visioingeniero Arrys, la pátina de sustancia purulenta de su superficie manchando la túnica roja del adepto. Le da una ligera sacudida mientras lo arrastra por la plataforma, como si con ello quisiera comprobar si sigue vivo. Por supuesto, *sabe* que está vivo: no ha dejado de monitorizar las constantes vitales del visioingeniero en ningún momento por medio de una batería de sentidos inhumanos. La sacudida no tiene más fin que el de ver si provoca alguna respuesta. Y lo hace: la mandíbula de Arrys se mueve, pero sus palabras las ahoga la presa de Rhaal.

—No, no, no, nooooo —susurra Rhaal al visioingeniero como quien tranquiliza a un bebé en lugar de quien sostiene a un enemigo por el cuello.

Su voz humana es aflautada y temblorosa, resultado de la falta de uso.

Mejor así, salmodia en cántico binario, antes de enviar un ronco grito de código basura a los oídos de Arrys.

Sin dejar de arrastrar al visioingeniero medio muerto, Rhaal observa cómo el código alcanza sus sensores de audio, se convierte en microimpulsos en los sentidos mecanizados y se derrama por su sistema nervioso mejorado artificialmente para unirse al programa infeccioso enquistado ya allí. Los sistemas de Arrys se retuercen bajo las estructuras metastásicas del código basura que se regenera una vez tras otra y se lo va comiendo por dentro. Algunas de las excrecencias binarias han empezado a luchar entre ellas, en una competición por ganar acceso a los sistemas aún indemnes. Rhaal se ríe ante aquel espectáculo, impaciente por ver el efecto replicado en los distribuidores imperiales que puede sentir vagamente a su alrededor.

En ese momento, en la distancia, se oyen los ruidos de desplazamiento y reajuste de algunos de los inmensos componentes del Anillo de Hierro, la vibración claramente palpable en las pesadas piernas metálicas de Rhaal. O quizá se trata de alguna nave que ha atracado en los muelles, o un pedazo de desecho de los que flotan en el vasto campo orbital alrededor de la estructura que ha colisionado con el blindaje exterior.

No importa. El Anillo es un artefacto del viejo Mechanicum. Rhaal no espera que perdure en el nuevo orden de Kelbor-Hal, no una vez que la guerra termine y Marte sea libre para rehacerse de nuevo.

La tarea de Rhaal es parte de las primeras fases de una empresa mucho mayor. Una parte pequeña, pero no trivial. Una tan periférica y sin embargo tan importante como… profanar los diseños sagrados de la plata de un miembro mecánico. ¡Qué comparación! Rhaal deja escapar una carcajada de código ante su propia audacia mientras sigue arrastrando el cuerpo sin fuerzas de Arrys, más profundamente, en la oscuridad húmeda y llena de un humo eléctrico.

Todavía queda un cañón de masas operativo, a pesar de todos los usos potencialmente inadecuados que se le pueden dar. Rhaal encuentra la situación hilarante. Estos cañones no son ingenios militares, y de seguro no tienen excesiva utilidad para el bloqueo que los terranos están intentando imponer a Marte. Son meros mecanismos de eliminación de desechos, diseñados para arrojar al espacio restos con la fuerza suficiente para impedir que sus masas se queden orbitando alrededor del Anillo y que la basura se acumule en el vacío.

Bien, lo cierto es que la basura ya se ha acumulado en la órbita del Anillo. La vista desde todas y cada una de las mamparas que dan al exterior muestra los restos de las luchas iniciales y los primeros intentos de romper el cerco. Pues incluso así, hay alguien lo bastante obsesionado con el tratamiento apropiado de residuos como para haber mantenido en funcionamiento uno de los cañones. Casi, se sonríe en su interior Rhaal, como si lo hubieran hecho pensando en él.

Rhaal emite otra carcajada de código. Un cañón de masas es algo maravilloso en las manos de alguien en su posición. Sus usos posibles no tienen fin. Con él se ha librado de los cadáveres de funcionarios imperiales, arrojándolos al campo de desperdicios donde nunca los encontrarán. También ha lanzado al espacio trajes de salvamento de los puestos de evacuación de emergencia del Anillo; pero en lugar de hacerlo con alguno de los desesperados tripulantes de la estación en su interior, lo ha hecho con cargas especiales que ha creado en su pequeña cueva-laboratorio de una de las cubiertas despobladas. Es muy probable que no localicen todos los trajes que ha enviado al espacio, pero alguno encontrarán. Y cuando las tripulaciones de las naves imperiales rescaten a los que creerán camaradas perdidos —engañados por los emisores falsos de constantes vitales—, se encontrarán con una sorpresa maravillosamente tóxica cuando abran los trajes sellados. Rhaal se ha vuelto muy imaginativo a la hora de crear esas cargas químicas y biológicas; aquella actividad se ha convertido en su pasatiempo favorito.

Y entonces es cuando se ha encontrado con el visioingeniero Arrys. ¡Qué regalo inesperado! Sus sistemas ya han sido prácticamente sometidos por el código maligno, y las estructuras no-lógicas depredadoras incubadas en su fértil interior están hambrientas, deseosas por estallar y expandirse en nuevas máquinas a las que infectar. Rhaal puede oír y sentir las líneas de código removiéndose en las transmisiones que parten de Arrys. Mientras espera a que se abra la portezuela del cañón de masas, acaricia afectuosamente la cabeza de ese hombre que se convulsiona a sus pies. Poder trabajar sobre uno de sus antiguos hermanos del Mechanicum es algo cada vez más difícil a medida que la presa de Terra sobre el Anillo de Hierro se hace más firme. A Rhaal casi lo apena tener que renunciar a su compañía.

¡Me brindas una oportunidad maravillosa, ya lo creo que sí!, canta en binario a Arrys. Se oye un golpe seco y metálico cuando la portezuela comienza a abrirse y por un instante la condensación cubre de niebla la pequeña rendija abierta en el cañón. *Te mejoraron muy bien. ¿Quién sabe cuánto durarás en el frío de ahí fuera?*

Vas a sufrir tanto dolor… Se ríe en código de nuevo. *Todos te oirán, aunque no se den cuenta. Oh, sí, allá donde vayas alrededor del Anillo, entre las naves y las cápsulas, por todas partes dejarás tu marca en todos los sistemas que te reciban. ¿Les darás las gracias de mi parte a nuestros queridos hermanos del Mechanicum, por haberte proporcionado unos canales de comunicación tan útiles y por haberte puesto al alcance de mis manos?*

Rhaal se agita sobre los resortes de sus piernas, sacudiendo el cuerpo del visioingeniero con auténtico regocijo. A sus códigos de intrusión les llevará aún unos instantes terminar de abrir la compuerta de manera que no alerten a los controladores imperiales; después deberá despedirse de su nuevo amigo. Mejor saborear esos últimos momentos juntos.

La portezuela se abre a la espalda de Rhaal. Sus sentidos están centrados en Arrys, y es un instinto innombrable el que hace que se gire para quedar frente a frente con la cara de la cosa agazapada en el hueco del cañón que lo mira.

Todo parece quedarse suspendido en el silencio por un momento.

Y entonces Rhaal grita con la voz de su garganta de carne y hueso cuando el rostro de la especie de mantis brillante se precipita sobre su propia cara, sigue gritando cuando en un reflejo ciego se propulsa hacia atrás y las mandíbulas como pinchas cortan el aire donde su cráneo estaba sólo unas décimas de segundos antes.

Aterriza sin tiempo para pensar. Parte de la distancia que lo ha impulsado en el salto sus piernas metálicas ya ha sido acortada por la cosa, parte de ella en la pasarela y parte aún en el interior del cañón. Rhaal salta de nuevo con un segundo impulso, pero se golpea el hombro contra uno de los soportes de la pasarela en la que se encuentra y gira en el aire. Cae de bruces en la cubierta, puede escuchar el ruido de las garras de sus piernas mecánicas que arañan el suelo metálico mientras intenta ponerse de nuevo en pie. Y en medio de ese ruido hay otro, más profundo, el de unos pasos más pesados, los de la cosa que viene a por él.

Con un brusco despliegue de resortes, los brazos de Rhaal se extienden y lo devuelven a la posición vertical. En un momento de pánico se gira para afrontar a su perseguidor, alzando los brazos, chillando. Tras la cosa, una segunda criatura surge del cañón, pisoteando la ruina en la que la primera ha convertido el cuerpo de Arrys. Ese instante de distracción casi acaba con la vida de Rhaal, cuando la

primera de las cosas alza el brazo que es un arma y abre fuego a la vez que carga contra él.

Rhaal grita de nuevo, con voz humana y código a la vez: ese sonido dispara los mecanismos de emergencia de los paneles de acceso que permiten bloquear el corredor. Inmediatamente el pasadizo se convierte en un caos de vapor, refrigerante y planchas de metal que surgen de las paredes y bajan desde el techo. Se interponen suficientes paneles entre Rhaal y el monstruo como para absorber todos los proyectiles de la descarga, que llenan los huecos entre el metal con los ecos de sus rebotes.

Para cuando el monstruo reajusta su sistema de puntería, tras las placas destrozadas el pasadizo está vacío.

Con las piernas plegadas bajo su cuerpo y los brazos hiperextendidos, Rhaal se arrastra por el conducto de mantenimiento bajo el pasillo a cuatro patas como una hiena, gritando furiosamente una palabra una y otra vez:

—¡Vorax! ¡Vorax! ¡Vorax!

No es capaz de escuchar su propia voz en medio del rugido constante del metal. El autómata de batalla continúa la persecución a unos escasos metros por detrás de él por el pasadizo que ha abandonado hace un momento, lo oye atravesar con las hojas de sus garras las compuertas de emergencia, acribillar los obstáculos que no puede despedazar. La visión de trescientos diez grados de Rhaal le permite entrever a la segunda bestia, que se ha adentrado en el conducto y que se arrastra tras él; de alguna manera, ha modificado su forma, y ahora es más un terrorífico gusano blindado que una mantis. Los pseudópodos metálicos con los que se impulsa están empapados de la sangre de Arrys. Eso parece provocar un pensamiento en la mente de Rhaal, pero antes incluso de que sea capaz de procesarlo, el otro vorax arranca la plancha metálica sobre a él, introduciendo parte de su cuerpo y arrojándose a su encuentro.

Rhaal se arroja a través de la brecha abierta por el ser en un movimiento provocado por un miedo ciego. Entonces se encuentra de nuevo en el corredor, arrastrándose, escabulléndose, tambaleándose a través de otra de las compuertas al final del tramo de pasadizo, aullando el código de cierre en un binario teñido de terror. Pero dos hojas afiladas surgen en medio de la apertura y bloquean el movimiento de las

puertas metálicas, y en un instante la cabeza y los hombros del vorax ya están atravesando el hueco.

Lo tiene prácticamente encima. La realimentación de datos casi ciega los sentidos de Rhaal cuando una de las hojas curvadas de la criatura le secciona una de sus piernas metálicas a la altura de la espinilla y las descargas de electricidad recorren varios de sus sistemas.

Siente como si la rabia lo ahogase, una rabia dirigida hacia sí mismo. Estúpido, estúpido: ¿un cañón de masas todavía funcional? Por supuesto, era una trampa. Lo estaban esperando, como depredadores alrededor de un abrevadero. Se suponía que él era el depredador. Se arrepentirán por haber pensado que podían atraparlo sin más.

Siente el calor de los mecanismos de los brazos en las articulaciones de sus hombros provocado por el esfuerzo al que los está sometiendo para arrastrarse a la mayor velocidad que le permiten. Si tan sólo tuviera unos segund…

Entonces el mundo da un vuelco y se encuentra de nuevo tirado en el suelo cuando el segundo vorax atraviesa las panchas del suelo y surge del conducto de mantenimiento. En su caída Rhaal nota un impacto, el profundo corte que abre una garra en su costado, y a la vez la primera máquina se inclina sobre él, su cara insectoide mirándolo fijamente. Rhaal deja un reguero de sangre brillante mientras se arrastra de espaldas y ve cómo el arma del autómata se alza hacia él.

Es sólo cuestión de tiempo. Ambas máquinas han pasado junto al cuerpo de Arrys, atravesando su espacio noosférico. Los vástagos del código infeccioso deben de estar reproduciéndose en los vorax como cánceres, eclosionando en líneas parásitas y envenenando sus sistemas. No pueden faltar más de unos segundos. El código se apoderará de ellos. Los vorax se someterán a él o sus sistemas se quemarán. Si tan solo lograra ralentizarlos unos segundos…

Cuando las dos máquinas se yerguen sobre él, Rhaal emite un pulso de reconfiguración por sus transmisores externos, descarga toda la energía que logra recolectar en un estallido de código. Es un golpe mortal, una maldición de los dioses, una muerte binaria de sintaxis caótica que debería machacar cualquier estructura lógica. Es lo que le otorgará el tiempo que necesita.

Las luces del túnel estallan. Los contadores de energía de las paredes enloquecen. Rhaal incluso cree sentir un breve desajuste en la gravedad artificial. Tiene tiempo de entonar un breve ruido binario de alivio y victoria —*¡Ja!*—, antes de sondear las cabezas de los autómatas para comprobar los daños que ha provocado.

No encuentra daño alguno.

No hay índices de sistemas. No hay emulación compleja de conciencia alguna. Sus sentidos, sintonizados con el cuasi místico fluir de código sutil apenas puede percibir las funciones que dirigen a las máquinas-bestias tras él tan implacablemente. No hay nada en el córtex cibernético que el código basura pueda hacer enloquecer, ninguna red lógica que pueda derribar. Sólo hay un continuo instintivo cuyo único objetivo es matar, protegido por la pureza de su propia malicia.

El último pensamiento de Rhaal es: *Espera, yo…*

Entonces el vorax más cercano lo pisotea y el segundo ensarta su cuerpo, ahora decapitado, con uno de sus apéndices afilados. Y sin un instante de pausa ambos abandonan el cuerpo y se alejan, dejando huellas teñidas cada vez más levemente de la sangre de Rhaal a su paso por los corredores del Anillo de Hierro.

FIN DEL RELATO